

La cosecha liberal

Antonio Machado Carrillo*



EL viernes tuve la singular y sana ocurrencia de ir a oír a Antonio Garrigues Walker al hotel Mencey, buscando en el fondo comparar a este personaje —que lo es en el mejor sentido de la palabra—, con su hermano Joaquín, a quien tuve oportunidad de escuchar en Madrid, víctima de una ocurrencia parecida a la que comento. Además, sano y recomendable es conocer a los «grandes», pues difícil resulta que no tengan nada que enseñar.

He de aclarar, a los ajenos, que el Sr. Garrigues actuaba como tribuno en la presentación o, mejor dicho, «aclaración» oficial del Club Liberal de Santa Cruz de Tenerife.

Don Antonio convence, tiene carisma y el «bouquet» de los Garrigues, y, si me excusa la odiosa comparación, es como una versión de Joaquín «peus a terra», que dirían los catalanes.

Convenció en su exposición y análisis desenfadado, brillante y cristalino, lo que tampoco resultaba muy difícil, dirigiéndose a liberales o simpatizantes del gremio. Su discurso fue muy aprovechado, pues reajustó la perspectiva ideológica liberal, creo que en varios de los presentes.

Sin embargo, don Antonio, como promotor, no convenció del todo en cuanto al fin último de los Clubs Liberales. Hay gato encerrado, y no convenció; simplemente, porque él mismo no está convencido que no sea así.

Por definición, los Clubs Liberales no son partidos políticos, pero no cabe duda que van a tener una marcada importancia política en el futuro. Esto es evidente, ya que si no, no se justifica el nerviosismo de los pesos pesados que dirigen la política oficial de este país. Razones tienen para inquietarse, tal y como yo lo veo.

En estos clubs, que van a estar desperdigados por toda la geografía española y, algún día, federados, se va a decantar y fomentar el liberalismo español. No cabe duda que las víctimas del desencanto del partidis-

mo son muchas (les escribe esto una, muy profunda), y que los liberales que andan de prestado en las filas de partidos de compromiso son también muchos e importantes. Ahora tienen la oportunidad de reencontrarse en un foro de tertulia ideológica, de contrastación y crítica, donde no va a salir beneficiado ninguno de los partidos a los que puedan pertenecer los asociados. Solamente el liberalismo va a ir fortaleciéndose y difundiendo en este crisol de encantamientos.

Esto, señores, es simplemente querer sembrar más semilla liberal en la sociedad española, que falta le hace. Y toda siembra ideológica puede tener una buena cosecha política en el futuro, y es por aquí, creo, por donde van los tiros. Llegará el día en que, maduro el grano, sólo será necesario presentar la bandera liberal en la palestra de las votaciones y obtener el apoyo suficiente para entrar en las Cortes por la puerta grande, aún, con pocos escaños. A esta llamada acudirán no sólo un importante núcleo de liberales intelectuales y empresarios hasta entonces apartados de la política, sino que muchos liberales abandonarán los partidos que aceptaron a falta de pan, y entre estos últimos los habrá bien preparados, entrenados y situados en la vida política.

Y conste que entiendo que no serán los Clubs Liberales quienes se transformen en el posible gran partido liberal. Los clubs seguirán —así lo afirman— siendo independientes; dedicados a su labor de siembra.

Si este planteamiento es cierto, simpatizo en cierta medida como cómplice doctrinal, pues creo que además de lícita es una estrategia inteligente y plausible. Y si el cosechador que tan buena cosecha coseche, es quien se pensó en el Mencey, sólo queda decir: ¡Suerte, don Antonio!

* **Biólogo. Liberal aburrido.**